

# La comunidad cristiana en un centro confesional cristiano

JESÚS SASTRE

La misión del cristiano como miembro del Pueblo de Dios, la Iglesia, es vivir la vida del Resucitado, colaborar en la construcción de la comunidad creyente y trabajar para que el Reino de Dios sea cada vez más una realidad en el mundo actual. Esto es fácil de definir, pero muy difícil de concretar en la situación conflictiva por la que pasa la educación cristiana en nuestro país. Redescubrir el papel del laico cristiano en la Iglesia es llegar al meollo de la Iglesia misma como comunidad de los que tienen el espíritu de Jesús. Esta tarea no será posible sin superar el clericalismo que reserva a unos pocos la responsabilidad y sin una visión crítica de la cuestión que nos ayude a ser más evangélicos que defensores de principios plausibles en su formulación, pero injustos en su aplicación concreta.

«La misión de la Iglesia es ser testigo de Jesús, instrumento de reconciliación entre los hombres y signo visible para todos de una vida conforme a ese conjunto de valores de bienaventuranzas, fraternidad y servicio que llamamos el Reino de Dios»<sup>1</sup>.

En la Iglesia, identidad y misión son dos caras de la misma moneda; por lo mismo, experimentar lo que se dice y anuncia es condición básica de coherencia y eficacia evangélicas.

El plan de Dios (historia de salvación) para cada uno de nosotros pasa por

<sup>1</sup> L. ARGÜELLO, *Cuál es el papel del laico en la Iglesia*, *Sinite* 72 (1983), 10.

la comunidad cristiana; convertirse a la comunidad es mucho más que decir que nacemos a la fe en la Iglesia, en ella permanecemos y en ella moriremos. Convertirse a la comunidad es sentirse abierto y dócil al Espíritu de Jesús que nos invade para servicio y bien de los demás. Esta realidad sólo será patente a ojos de adolescentes y jóvenes si los creyentes adultos forman comunidades que asuman con seriedad la catequesis, la oración, el análisis de realidad y vida y el compromiso transformador de estructuras sociales. Sólo desde esta plataforma de creyentes adultos en comunión es posible educar la fe de las nuevas generaciones.

Este planteamiento es fundamental para la parroquia y para la comunidad educativa cristiana; cada vez más, la especificidad de la escuela confesional tiene que ser definida desde la existencia concreta de la comunidad cristiana que promueve el centro. La comunidad religiosa titular de un centro educativo es el primer referente de lo que significa la comunidad cristiana para los demás componentes del centro educativo; desde la experiencia comunitaria de la fe se anima y construye la comunidad educativa cristiana que trabaja por formar el hombre nuevo del Evangelio.

El profesor laico de un centro confesional ejerce el ministerio de la evangelización en el diálogo fe-cultura desde la vivencia del Señor Resucitado en comunidad de fe, vida y trabajo con otros creyentes. Con la comunidad religiosa y los profesores, los padres se hacen presentes en la tarea común de ayudar a los niños, adolescentes y jóvenes a abrirse a la vida desde la experiencia de Jesús de Nazaret que lleva a optar por un modo de ser persona y de vivir en sociedad en la línea de la participación, la solidaridad y la trascendencia. Es decir, todos los componentes de la comunidad educativa deben hacer presente de alguna forma la utopía del Evangelio, que con tensión y esperanza hay que construir aquí y ahora, a pesar de que nunca veremos en este mundo su plenitud.

## 1. ¿CUAL ES LO ESPECIFICO DE LA COMUNIDAD EDUCATIVA CRISTIANA?

El eje alrededor del cual se aglutina y estructura la comunidad educativa cristiana es el de la evangelización: el anuncio del Reino de Dios como buena y nueva noticia. «Evangelizar significa para la Iglesia llevar la buena nueva a todos los ambientes de la humanidad y con su influjo transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad» (EN, n.º 18).

Sabemos que la base de lo que se anuncia supone el «convertíos», que se traduce en la interiorización de los nuevos valores expresados en las Bienaventuranzas. La conversión cristiana no es un fenómeno sociológico ni espontáneo, sino el fruto de un proceso en el que la gracia de Dios, la apertura del hombre a la Palabra y la comunidad creyente son los protagonistas prin-

cipales. Por lo mismo, el proceso de educación de la fe tiene una serie de etapas que no se pueden ignorar ni confundir, bajo pena de hacer muchas cosas sin atender a lo fundamental y en perjuicio de la identidad cristiana. Entre las etapas conviene distinguir lo misional, lo catecumenal y lo pastoral. «La catequesis se articula en cierto número de elementos de la misión pastoral de la Iglesia, sin confundirse con ellos, que tienen un aspecto catequético, preparan a la catequesis o emanan de ella» (CT, n.º 18).

¿Qué lugar ocupa la catequesis en nuestros centros y comunidades cristianas? Juan Pablo II nos invita en el núm. 15 de *Catechesi Tradendae* a dedicar a la catequesis los mejores recursos humanos y de medios, y no como cálculo humano, sino como actitud de profundo convencimiento de fe.

La catequesis es «la etapa (o período intensivo) del proceso evangelizador en que se capacita básicamente a los cristianos, para entender, celebrar y vivir el Evangelio del Reino, al que han dado su adhesión y para participar activamente en la realización de la comunidad eclesial y en el anuncio y difusión del Evangelio. Esta formación cristiana —integral y fundamental— tiene como meta la confesión de fe»<sup>2</sup>.

La aceptación del plan de Dios para cada hombre según Jesús, el Cristo, al que nos lleva la catequesis, supone una vivencia comunitaria de la fe como mediación necesaria. Si la acción catequética no lleva al hombre a la conversión, a los valores del Evangelio y al sentido comunitario y solidario de la fe, ha fracasado como tal y se ha diluido en religión sociológica.

## 2. TODA ACCION CATEQUETICA DE LA COMUNIDAD CRISTIANA HA DE HACERSE EN LINEA CATECUMENAL

La exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI en el núm. 44 pone como exigencia de las condiciones actuales la enseñanza catequética en clave catecumenal para jóvenes y adultos. Aunque sea repetitivo —ante la confusión que tienen los agentes de pastoral—, conviene definir una vez más lo que entendemos por catecumenado; para que esto no suene a una opinión más entre otras igualmente válidas, vamos a utilizar el texto conciliar como doctrina oficial de la Iglesia:

«El catecumenado no es una nueva exposición de dogmas y preceptos, sino una formación y noviciado, convenientemente prolongado, de la vida cristiana, en la que los discípulos se unen con Cristo, su Maestro. Iníciense, pues, los catecúmenos convenientemente en el misterio de la salvación, en el ejercicio de las costumbres evangélicas, en los ritos sagrados, que han de celebrarse en los tiempos sucesivos y sean intro-

<sup>2</sup> *La Catequesis de la Comunidad*, Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, 1983, n. 34.

ducidos en la vida de fe, de liturgia y de caridad del pueblo de Dios». (AG, n.º 14).

Las exigencias marcadas claramente por este texto no pueden disminuirse en la praxis pastoral, pues diluiríamos lo más genuino y preciado de la identidad cristiana y pondríamos en peligro el futuro de la Iglesia. La realidad desnuda de muchos centros educativos con ideario cristiano es que se quedan prácticamente en una pastoral de cristiandad, sociológica y de actividades, es decir, sin proceso de personalización y sin comunidad cristiana como punto de partida, referencia y meta. El resultado es que se toman como acciones catequéticas las que son de misión (preevangelización), y, por otra parte, se queman una serie de etapas y procesos al dar prioridad a lo celebrativo-cultural sobre el anuncio de la Palabra y la conversión personal.

Es conveniente llamar a cada cosa por su nombre para conocer la realidad pastoral que tenemos, dónde estamos y a dónde queremos llegar. No es cuestión de vocabulario, sino de análisis preciso de la realidad pastoral para poder proyectar el cómo y el hacia dónde de la acción evangelizadora.

### 3. LA EXPERIENCIA COMO LUGAR DE TODA ACCION EDUCATIVA CRISTIANA

La formación integral cristiana unifica la transmisión doctrinal y la iniciación a la vida cristiana. El conocimiento cristiano es un conocimiento de fe, es decir, experiencial; el «tema» siempre presente en un grupo catecumenal es la experiencia humano-cristiana de cada uno de sus componentes y del grupo como tal. La Palabra de Dios profundizada en común interpela al propio yo a través del grupo, del testimonio, del diálogo y la oración.

¿En las escuelas católicas los «interrogantes vitales» de la persona afloran y son respondidos desde la vivencia de la comunidad adulta? Esto no es posible si en la comunidad educativa no existen relaciones interpersonales, comunicación experiencial, búsqueda trascendental, jerarquía de valores, saber sapiencial, ámbitos de oración, etc. Es a través de estas mociones interiores («sentir afectivo», no sentimentalismos adolescentes) como se configura la acción del E. Santo que nos lleva a asumir el programa de vida del Evangelio, que afecta a la profesión que se elige, a la ética profesional, al estado y nivel de vida; es decir, la conversión radical del yo personal implica también las «consecuencias sociales de las exigencias evangélicas» (CT, n.º 29).

En este recorrido el papel de los adultos es insustituible, pues son la plataforma desde la que se anuncia cómo la acción salvadora de Dios se sigue realizando en la propia vida y en la de los catecúmenos que maduran su fe.

«La misma naturaleza de la fe cristiana y de su trayectoria de maduración postula que se atienda debidamente a la experiencia en el acto catequético. Diciéndolo de otro modo, se puede afirmar que una "catequesis de la experiencia" es algo más que una mera modalidad transitoria de la pedagogía catequética, es algo más que una metodología: es algo inherente a la transmisión del Evangelio para que éste pueda ser recibido como mensaje de salvación»<sup>3</sup>.

A medida que posibilitemos el que educando profundice las experiencias, estamos facilitando el descubrimiento de los interrogantes más apremiantes de la existencia humana. Ahí se sitúa el anuncio del Evangelio que penetra la experiencia humana para que surja en el hombre la fe como sentido totalizante y radical de la existencia. El gran peligro es yuxtaponer la experiencia humana y la experiencia de fe; la habilidad del catequista está en relacionar la experiencia concreta del adolescente y joven con las experiencias bíblicas. Esto exige que los grupos de profundización en la fe sean reducidos y estén en la onda de lo que pide la catequesis catecumenal: comunicación interpersonal a partir de las propias vivencias de fe de cara a la conversión personal y grupal.

«El clima normal de la catequesis de adultos —como el que corresponde a la de niños y jóvenes— será el pequeño grupo, en el que podrá educar mejor el espíritu comunitario, inherente a la fe cristiana: "Dentro del ámbito de pequeños grupos de fieles, la catequesis ayudará a los adultos a vivir plenamente la caridad cristiana; la cual, como signo de una cierta experiencia común, hace que unos y otros se ayuden en la fe" (DCG, n.º 39)»<sup>4</sup>.

El proceso catequético de niños y jóvenes se concibe «como un único proceso permanente de educación de la fe, en el que intervienen —en mutua interacción y complementariedad— varias acciones educativas: la educación cristiana en la familia, los períodos intensivos de catequesis —propriadamente dicha— en la comunidad, la enseñanza religiosa escolar, la homilía dominical, la formación recibida en los movimientos, comunidades, grupos... Cada una de estas acciones educativas tiene su propia especificidad e importancia. Es su conjunción coherente la que proporcionará una adecuada educación de la fe»<sup>5</sup>.

En este clima, el joven interioriza lo que va descubriendo, lo incorpora a su escala de valores y lo proyecta en el ambiente social que le rodea. Por lo tanto, el paso de una etapa a otra en el proceso de fe no viene marcado

<sup>3</sup> *La Catequesis de la Comunidad Cristiana*, Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, 1983, n. 223.

<sup>4</sup> *La Catequesis de la Comunidad*, Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, 1983, n. 242.

<sup>5</sup> *La Catequesis de la Comunidad*, Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, 1983, n. 244.

prioritariamente por lo que se sabe, sino por las «verdades» y «valores» asumidos, es decir, hechas vida y compromiso. La finalidad de este proceso catecumenal es consolidar la fe inicial recibida en el Bautismo, alimentarla con la Palabra en los signos de los tiempos y fundamentarla de tal forma que el joven sepa dar razones de lo que cree y espera.

Antes la catequesis se situaba preferentemente en la infancia y con carácter doctrinal; hoy, por el contrario, se hace extensiva a todas las edades de la persona, y la catequesis de adultos es el modelo desde el que se proyecta la catequesis de niños y adolescentes: «La catequesis de adultos, al ir dirigida a hombres capaces de una adhesión plenamente responsable, debe ser considerada como la forma principal de catequesis, a las que todas las demás, siempre necesarias, de alguna manera se ordenan» (DCG, n.º 20).

Desde la comunidad cristiana adulta se realiza la catequesis de niños, cuyo objetivo es introducir al niño ordenadamente —proyecto de iniciación cristiana— en la vida de la Iglesia, de forma especial por la preparación para la celebración de los sacramentos. En este caminar, la preparación para la primera Eucaristía, la catequesis de postcomunión (2.ª etapa) y el catecumenado de Confirmación requieren un cuidado y sistematización precisos. Este proceso catecumenal desembocará en las comunidades cristianas juveniles con presencia de adultos que animen y ayuden a concretar el proyecto de vida de los jóvenes «intra» y «extra» eclesialmente.

¿Qué papel juega en todo este proceso la Enseñanza Religiosa Escolar? «La Enseñanza de la religión puede considerarse tanto como calificada premisa para la catequesis, como también una reflexión ulterior sobre los contenidos de la catequesis ya adquiridos»<sup>6</sup>. Está claro que el centro confesional no puede agotar la educación de la fe de los alumnos en la enseñanza religiosa.

#### 4. ASPECTOS IMPORTANTES PARA QUE LA COMUNIDAD EDUCATIVA PUEDA SER COMUNIDAD CRISTIANA

La Iglesia universal se realiza en las diversas comunidades locales sin agotar toda su riqueza; al mismo tiempo, las comunidades locales son la mediación para que el cristiano experimente la Iglesia universal. Estas comunidades locales son el punto de partida, el lugar de acompañamiento y la meta del proceso catequético.

La experiencia base que condiciona y cuestiona toda labor catequética es si el niño, adolescente y joven tiene o no experiencia de Iglesia en la parro-

<sup>6</sup> JUAN PABLO II, *Alocución a los sacerdotes de Roma*, mayo 1981.

Cfr. El laico católico, testigo de la fe en la escuela y nn. 59 y ss. de la Declaración Episcopal sobre la ERE, 11 de junio de 1980.

quia y en la escuela católica. Para vivir la experiencia de Iglesia es necesario percibir a ésta como sacramento salvador de Cristo y participar en lo que ella cree, vive y celebra.

Desde las primeras comunidades del Nuevo Testamento la vida de la Iglesia se presenta como comunión con Dios salvador, servicio a los hombres y comunidad fraterna, donde los más necesitados tienen preferencia. La participación de la salvación cristiana como Pueblo de Dios en marcha se traduce históricamente en la comunidad eclesial compuesta de personas, relaciones, carismas, signos, ministerios y estructuras. La coherencia entre el Misterio de Cristo que se anuncia y celebra y la Comunidad eclesial que lo vive se calibra en gran medida por la actitud evangélica de Servicio y compromiso con los más pobres, tanto dentro de la comunidad como en la sociedad política que hay que transformar para acercarla cada vez más a la utopía mesiánica del Reino de Dios.

No vamos a entrar a estudiar los aspectos humanos y específicamente cristianos de la comunidad eclesial<sup>7</sup>; nos vamos a detener en algunos elementos y aspectos más urgentes en el momento actual.

#### **4.1. La parroquia, la familia y el centro deben transformarse desde el «talante comunitario»**

Estas tres instituciones están en manos de adultos cristianos; del dinamismo de su fe y compromiso va a depender la evolución del modelo de iglesia vertical, cultural y poco comprometido con la realidad, al modelo de iglesia comunitario, catecumenal e implicado en las realidades temporales en todos sus aspectos.

«La vigencia actual y para el futuro supone una transformación y renovación a fondo de aquellas parroquias que, por diversas circunstancias, han perdido o no tienen el sentido y talante comunitario. Con verdadera esperanza hay que dedicar fuertes energías para esta revitalización de la pastoral parroquial que lleve a una verdadera estructura de comunión»<sup>8</sup>.

Ante esta petición por parte de la jerarquía española en su último documento sobre «La catequesis de la Comunidad», podemos revisarnos las comunidades cristianas de los siguientes aspectos:

- ¿Cuántos adultos de la iglesia local están en grupos catecumenales o forman comunidades cristianas de base?
- ¿Cuántos hombres y mujeres son catequistas o se preparan para ello?

<sup>7</sup> Cfr. S. MOVILLA, *Educación de la fe y comunidad cristiana*, Sinite 71 (1982), pp. 318-323.

<sup>8</sup> *La Catequesis de la Comunidad*, Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, 1983, n. 269.

- ¿Inicia la comunidad cristiana parroquial o escolar en la oración y celebración litúrgica?
- ¿Conocemos y ayudamos personalmente a los enfermos, desamparados y necesitados del barrio?
- ¿Qué ministerios laicales instituidos existen en la parroquia?
- ¿Qué hechos o experiencias carismáticas y proféticas se dan en nuestros grupos cristianos?
- ¿Cómo leemos cristianamente la realidad socio-política en que estamos inmersos?
- ¿Estamos implicados económicamente en los gastos que lleva consigo el funcionamiento de una comunidad?

En la comunidad cristiana adulta la familia es un cauce de catequización insustituible. Sigue siendo el ámbito privilegiado donde se vive y transmite el Evangelio y la experiencia de Dios; la catequesis pertenece, pues, a la familia por su propia naturaleza. No obstante, la familia, como medio primario de socialización configura el niño como persona y ser social con unos u otros valores, que en muchos casos poco tienen que ver con las exigencias del Evangelio y que difícilmente se pueden corregir después. Como efecto de la inculturación de la fe en la sociedad europea, podemos decir que estamos viviendo el Evangelio con categorías en gran parte mundanas. Por eso —aun sintiéndose sociológicamente cristianos—, la experiencia de lo sagrado, el despertar religioso, la participación en la celebración sacramental, el sentido moral, la solidaridad, el trabajo, etc., se les escapa a muchos jóvenes; la causa es fácil, no lo han vivido en la familia.

«Todo esto reclama cambios de mentalidad respecto a las familias y a la educación de la fe en su seno. Los padres cristianos deben superar posibles complejos de inferioridad en relación con la educación religiosa y cristiana de sus hijos y convencerse de que no necesitan especiales conocimientos teológicos, sino asumir sencilla y confiadamente los dones sacramentales de la gracia que deriva de su matrimonio»<sup>9</sup>.

Esta labor de los padres es complementaria de la realizada en la parroquia y en el centro educativo. Además, «muchos padres cristianos están llamados a ser catequistas no sólo de sus hijos, sino también de otros a través de la catequesis parroquial. A este respecto reconocemos como un hecho actual muy esperanzador el que frecuentemente adultos cristianos, sobre todo madres de familia, desempeñen tareas de catequistas en sus comunidades parroquiales»<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> *La Catequesis de la Comunidad*, Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, 1983, n. 274.

<sup>10</sup> *La Catequesis de la Comunidad*, Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, 1983, n. 278.

Esta participación de algunos difícilmente se dará si toda la comunidad cristiana no se siente concientizada por el problema de la educación de la fe e implicada en buscar soluciones desde la implicación personal.

Por otra parte, al centro educativo cristiano se le presenta la siguiente alternativa: transmitir los valores que están en boga en la familia y sociedad actual o presentar el mensaje evangélico con lo que pueda tener de crítico y renovador. El «talante comunitario» debe hacerse presente en el centro confesional por la potenciación, desde el tipo de relaciones que en él se vive, del hombre solidario y de una sociedad más justa, donde los valores de participación e igualdad sean vividos desde la óptica de la fraternidad cristiana. La dinámica pedagógica y administrativa del centro debe hacer realidad aquello que se define en el ideario y proyecto educativo.

En el terreno de lo práctico y concreto, y pensando en las comunidades educativas de los centros confesionales, podemos preguntarnos:

- ¿En qué tipo de hombre y sociedad educa el centro: modelo individualista y repetitivo o modelo solidario y creativo?
- ¿A cuántos profesores seculares y padres facilitamos la preparación necesaria para que puedan ser catequistas y profesores de ERE?
- ¿Cómo se viven en el centro los valores cristianos de comunión, servicio y participación?
- ¿Los padres y profesores sentimos la comunidad como la última referencia de vida y fe para el cristiano más allá de los intereses personales y familiares?

#### **4.2. El grupo: Clave de la acción pastoral de la comunidad educativa cristiana**

El grupo viene exigido por la catequesis antropológica o de la experiencia, por el talante catecumenal y por la naturaleza de la comunidad cristiana. Más aún, para los adolescentes y jóvenes es una necesidad vital y condicionante del proceso formativo; la pedagogía educativa y la formación ética requiere el grupo como componente fundamental.

Si uno de los problemas eclesiales más importante que tenemos es el de la falta de corresponsabilidad en la comunidad cristiana, el grupo con proyecto de vida y acción puede apuntar el camino de solución a esta dificultad constatable en todos los ámbitos eclesiales.

¿Por qué el grupo es tan importante? Estamos convencidos que para muchos educadores cristianos el grupo como elemento educativo y catecumenal sigue siendo algo deseable, pero propio de unos pocos y dentro de las actividades

especiales con carácter opcional. Nada más equivocado; es necesario poner el grupo catecumenal, tal como ha sido descrito por los documentos conciliares, en el centro del proceso de maduración de la fe. Algunas razones convincentes pueden ser las que siguen:

- Somos hombres en relación con y para alguien. El sentido comunitario de la existencia pertenece a la definición de persona.
- El grupo es básico para expresarse, sentir el propio yo y la acogida incondicional de la persona que es reconocida en su peculiaridad irrepetible.
- Dios actúa en los distintos hombres de forma múltiple y variada; por caminos muy diferentes lleva a la salvación. La experiencia y testimonio de los otros son anuncios salvadores y pistas para el encuentro personal con Dios.
- El hombre camina en sociedad, y el Pueblo de Dios surge al leer y tratar de hacer que la única historia existente sea historia de salvación. Por eso, la dimensión comunitaria de participación en la Iglesia nos ayuda a percibir el amor de Dios a los hombres y el amor de los hombres entre sí.
- En el grupo, el individuo se abre más fácilmente a los problemas de los otros; el grupo debe ser sensible a las realidades sociales, culturales, políticas, religiosas, juveniles, etc., de los hombres entre los que vivimos. A ellos, inmersos en esa situación, hay que anunciarles la Buena Nueva del Evangelio.
- Una educación individualista genera visiones elitistas de la cultura, separación en clases sociales e insolidaridad en el reparto de los bienes. Por el contrario, una educación comunitaria y crítica prepara hombres solidarios capaces de posponer sus intereses y libertades en beneficio de la igualdad, compartiendo lo que se es, tiene y proyecta para el futuro.

*El para qué de estas exigencias pedagógicas y catequéticas de trabajar en pequeños grupos con dinamismo propio y específico:*

«Al final de un proceso catequético los cristianos han de abocar ordinariamente en una comunidad cristiana inmediata e integrarse plenamente en ella. La comunidad irá manteniendo su vida de fe, y en ella vivirán el don de la comunión con los hermanos y serán impulsados a una vida cotidiana que sea coherente con la fe que profesan y celebran.

... Por ello, para que la catequesis preste totalmente su propio servicio a la Iglesia es necesaria la existencia en las diócesis de verdaderas co-

comunidades cristianas, positivamente eclesiales, compuestas por hombres y mujeres que creen y confiesan sinceramente a Jesús. Sólo así la labor catequética podrá ejercerse adecuadamente. Pero ella misma aportará nuevas energías a las comunidades con la inserción de nuevos miembros que habrán aceptado plenamente a Jesucristo o renovado su adhesión»<sup>11</sup>.

La comunidad educativa cristiana no es una realidad hecha que existe porque se define o se desea; es necesario construirla progresivamente. Difícilmente se puede llegar a ser comunidad cristiana si previamente no se es comunidad educativa, es decir, si no se asume un proyecto de persona y sociedad en clave comunitaria, y se trabaja aglutinados por un tipo de relaciones interpersonales y valores de libertad, igualdad y participación en la línea del Evangelio.

Los grupos de personas que quieran llegar a ser comunidad deben cultivar sin reduccionismos ni polarizaciones los elementos propios de toda comunidad cristiana eclesial: relaciones interpersonales, autocatequesis a partir de la experiencia, oración-celebración del Misterio de Dios en Cristo, revisión de vida desde el análisis crítico-creyente de la realidad y acción común por transformar la realidad socio-política. Este dinamismo hace que poco a poco el grupo situado en este proceso catecumenal empiece a sentir y vivir como comunidad. Sólo desde este ámbito experiencial se puede convocar a adolescentes y jóvenes a vivir la experiencia de Jesús.

El documento de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis que marca el Plan de Acción para el trienio 1981-1984 dice que los pastores y cristianos centren su acción en el campo escolar en la creación y potenciación de la comunidad cristiana. Para ello invitan a profesores, padres y alumnos a constituirse en grupos de reflexión cristiana y maduración de la fe para comprometerse apostólicamente y participar en la comunidad educativa de su centro; cada grupo tendrá dinámica propia y momentos de encuentro con los demás, como comunidad educativa.

La eficiencia académica de un centro se puede medir fácilmente a través de los resultados en los exámenes, el número de alumnos que acceden al título correspondiente o encuentran trabajo apropiado debido a su preparación. Evaluar los resultados educativos es más complejo, pues estamos en una sociedad que afirma, de hecho, una serie de valores de muy dudosa aceptabilidad, desde el punto de vista de la realización humana. Si la comunidad educativa en un centro confesional tiene que tender a ser comunidad cristiana, debemos tener algunas pistas orientadoras que nos permitan evaluar la identidad y eficacia evangélica de la comunidad que definimos y deseamos; a modo de ejemplo indicador valgan los siguientes interrogantes:

---

<sup>11</sup> *La Catequesis de la Comunidad*, Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, 1983, nn. 287 y 288.

- ¿Qué porcentaje de alumnos al salir de los centros confesionales después de muchos años de permanencia se integran en comunidades cristianas juveniles?
- ¿Cómo acompaña la comunidad educativa cristiana la vivencia de fe y compromiso cristiano de los jóvenes que dejan el colegio?
- ¿Cuántos de los alumnos que pasan a la Universidad o se incorporan al mundo del trabajo desde nuestras aulas son «cristianos militantes»?
- Después de vivir la comunidad cristiana escolar y ser educados en la fe, ¿hay jóvenes que quieran consagrarse radical y totalmente a la comunidad cristiana como sacerdotes, religiosos o educadores laicos comprometidos?

## CONCLUSION

Nada mejor para concluir que dos breves párrafos de los documentos oficiales dirigidos a religiosos educadores y a laicos católicos, testigos de fe en las escuelas.

«El educador laico católico es aquel que ejercita su ministerio en la Iglesia viviendo desde la fe su vocación secular *en la estructura comunitaria de la escuela*, con la mayor calidad profesional posible y con una proyección apostólica de esa fe en la formación integral del hombre, en la comunicación de la cultura, en la práctica de una pedagogía del contacto directo y personal con el alumno y *en la animación espiritual de la comunidad educativa* a la que pertenece y de aquellos estamentos y personas con los que la comunidad educativa se relaciona»<sup>12</sup>.

«La educación en la caridad fraterna, en la responsabilidad personal, en la conciencia moral, en la sensibilidad social, *sólo puede lograrse adecuadamente si el centro de enseñanza es una verdadera comunidad*. Condiciones básicas de una comunidad educativa es el respeto de los deberes y derechos de cada uno de sus miembros —alumnos, profesores, padres de familia, personal no docente, entidad titular, etc.— y unas relaciones habituales de diálogo constructivo, de mutua colaboración, de participación activa, de información, de estima y reconocimiento mutuos, de esfuerzo común al servicio de la formación integral de los alumnos.

La concepción cristiana del hombre, como fundamento de la educación, impulsa a los educadores cristianos y a los religiosos dedicados a la

<sup>12</sup> El laico católico, testigo de la fe en la escuela, Sda. Congregación para la Educación Católica, Roma, 1982, n. 24.

educación a promover la vida comunitaria en el centro de enseñanza. Los educadores que forman parte de la comunidad educativa tienen que ser conscientes de que la maduración de la personalidad del alumno va unida al desarrollo de su apertura hacia los demás»<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> El religioso educador. Su identidad y misión hoy en la Iglesia. Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, 1982, n. 23.